

Márquez Román Ana G.

La rabia en Un Cuarto Propio de Virginia Woolf:

Sin otra cualificación que la de no ser mujeres

Mi propósito con este ensayo es analizar cómo Woolf proyecta la rabia desde la ventaja. Quiero analizar cómo la explica desde varios puntos de vista y cómo identifica sus puntos débiles, pero, sobre todo, los fuertes. Durante su ensayo podemos ver cómo nos abre la puerta a las diferentes perspectivas. La de los profesores y colegas, la de las mujeres, escritoras, y la propia. Como ejemplos utilizaré, al profesor X, como el hombre privilegiado, las escritoras, como las pioneras del asunto, y a la propia Woolf como la compiladora; a cargo de traernos conciencia sobre ello. A través del ensayo, podemos ver cómo el humor es un elemento clave para mantener la cordura. Asunto muy necesario para poder comprender verdaderamente el propósito de éste, el cual se nos revela en el último capítulo. El ensayo a pesar de en sus inicios ser sobre la escritura y la mujer; carga un mensaje más profundo.

Comenzaré disertando sobre el profesor X. Woolf se pregunta el porqué de la rabia de los profesores, de todos esos escritores que dieron sus opiniones sobre las mujeres en tono de hecho, de verdad inalterable. Como yo lo veo, y como luego se desarrolla en el ensayo, superficialmente no parece haber otra razón fuera de la predisposición, el prejuicio que sostienen hacia el sexo contrario los ha llevado a un estado de rabia irracional. Pero en qué está basado ese prejuicio es la respuesta que estamos buscando. ¿Tenía razón el doctor Johnson al opinar que “los hombres saben que las mujeres pueden más que ellos, y por eso eligen a las más débiles o las más ignorantes.?” V.W procede a teorizar que quizás es sobre el poder, ese que todo hombre posee (o poseía según se quiera ver) desde el momento en que nace y se le identifica con el sexo masculino. Aunque ella da ejemplos más concretos, como el director de

periódico, el juez y el encargado de colgar a la actriz (no creo que esto último sea una coincidencia). No puedo evitar pensar que es un caso o casos, de reflejo. Aquí tal vez vaya a tirar de una línea freudiana, pero, estos hombres que tanto se aferran a las posiciones de poder, como niños enrabiados si pensamos en la imagen que evocan los garabatos de Woolf, están ahí gracias a una mujer. ¿Son acaso celos? ¿Celos de no ser capaces de crearse a sí mismos sin la ayuda de un molde femenino?, irónico, parecen envidiar lo que inventaron, pues ellos mismos son quienes han pintado a las mujeres como creadoras de vida, claro, algunas veces se me olvida que esto solo se hace en su propio beneficio.

Me explico más ampliamente, una mujer los trajo al mundo, los hizo y los crió, incluso si no fueron sus madres, los niños aún no son algo popular, mucho menos lo eran en ese entonces. Así que conscientes de este hecho deben estar, tal vez de ahí viene la monopolización. Ya que hemos llegado a esa teoría podemos intentar racionalizar sus comportamientos. El que me interesa analizar es el cómo mantienen ese poder, que es lo que a su vez causa rabia a Woolf, y es que estos han encontrado la mejor arma contra la creatividad y la superación, la humillación. Nuestra ensayista nos provee varios ejemplos de estos momentos, como la historia sobre la hermana de Shakespeare y las líneas que recita sobre un padre que no quiere que su hija sea escritora. De hecho, las pondré por aquí: “Escucha lo que el Sr. Browning diría, y no solo el Sr. Oscar Browning, sino la Saturday Review, y también el Sr. Gregg. “Lo fundamental en las mujeres”, decía enfáticamente el Sr. Gregg, “es que las mantienen los hombres y ellas los sirven”. Había un enorme consenso masculino de que, intelectualmente, nada podía esperarse de las mujeres (Woolf 56).” Esta arma tan poderosa es la causante de innumerables oportunidades derrochadas.

Habiendo comenzado ya a comentar sobre las desventajas a las que se atenían las mujeres, debo añadir todas las otras circunstancias que les pasaba solo por su condición de mujeres, en específico de cuidadoras. El nombre que Virginia Woolf le da a su ensayo, “*Un Cuarto*

Propio”, sale precisamente de que, durante su investigación, ella llegó a la conclusión de que ese es uno de los requisitos necesarios para poder ser una escritora. Y se preguntarán ¿Qué tiene esto que ver con la rabia? Quisiera decir que es sencillo, pero la rabia acumulada de todas las mujeres que fueron víctimas de ellos me lo impide. En el primer capítulo, Virginia se junta con Mary en su habitación luego de la cena y observa una foto de quien asume que es la madre de esta. Su mente inmediatamente divaga en cómo sería la vida de su acompañante y la de su madre si esta se hubiera dedicado a producir dinero en vez de criar a sus trece hijos. Retoma la temática en el tercer capítulo, donde se da cuenta de que no tenía opción, ni la madre de Mary, ni su abuela, ni siquiera ella misma de no haber sido por su herencia.

Las mujeres no solo se han visto sujetas a la humillación constante por parte de la sociedad y todos quienes las conocían si se les ocurría decir que querían ser escritoras, sino que además sus obligaciones y falta de opciones las obligaron a continuar en sus, en algunos instantes, penosas circunstancias. La rabia que se siente a través del papel al Woolf contar sobre cómo las mujeres corrían suerte si lograban tan siquiera escribir en un diario, y como nunca se sabría si estas escribían en las cáscaras de manzana que luego quemaban. La irritación que causa el saber que Jane Austen escribía a escondidas, tan así que su propio sobrino no comprendía cómo siquiera fue posible que lo hiciera. Lo único que estas podían escribir sin cuestionamiento eran cartas y el mundo se rehusó a ver estas como literatura valiosa aun cuando estaban inteligentemente escritas. Estas tareas a las que estaban relegadas parecen trampas hechas a propósito, leer sobre ellas se siente como espinas en las alas.

No solo se les ha denegado los espacios propios, sino que también un elemento clave, la sororidad. La amistad entre mujeres es algo que se ha dejado sin representar en la literatura, y esto ha sido notado por Woolf como un balde de agua fría. Es como decir, otra cosa que nos robaron, excepto que en la realidad la hermandad entre mujeres es una de las cosas que mantiene al mundo girando. Pero se quiere hacer creer que estas nunca existieron, que ni

siquiera se tienen las unas a las otras. Ese tal vez, es el asalto más cruel y parte de la humillación. Aunque esto, el que se las escriba como complementos y nada más, es un acto violento. Quedan reducidas a nada, no pueden escribir, no pueden cantar, no pueden escribir obras ni ser actrices, es un no rotundo que vibra desde todas direcciones. Así que la rabia viene de todas las esquinas, de todas las mujeres. Woolf la expresa por ellas, ha hecho las investigaciones para saber el por qué las mujeres no escriben unas sobre las otras o porque no escriben, punto. Y se ha encontrado con que no pueden, no es una tarea imposible, pero sí un gran sacrificio, no se puede ser una mujer considerada cuerda y escribir a la misma vez.

No solo cuerdas, sino que todo dejaría de correr. La rabia de Woolf es, hay que decirlo, refrescante, la quise dejar para el final por que su expresión de esta es exquisita. El humor que utiliza a ratos para lo que al principio interpreté como un alivio cómico es en realidad la muestra de la inteligencia en su mayor expresión. Ignorando lo que suena a adulación, lo cual no me molestaría en absoluto, Woolf deja en claro que dejar que la rabia se ponga en medio de la verdad es el mayor error que se puede cometer. En el último capítulo, al fin se nos revela que forma este rompecabezas de pedacitos aparentemente inocentes. Con la narración a través de lo que sería un día normal en la vida de una mujer de su época, ha logrado lo que a mi parecer es el mayor punto de ventaja en cuanto a la escritura cuando se es mujer. *Úsala*, usa la rabia que has acumulado, ese es el toque de gracia de Virginia Woolf. En su último capítulo nos los dice sin lugar a malinterpretación. Les he dado todas las razones por las que deben estar furiosas, ahora vayan y creen. Debo admitir que noté sus intenciones desde hace un par de páginas y fue increíblemente satisfactorio el ver cómo se desarrollaba. La rabia como combustible para la escritura, y no solo para la escritura, sino que para todo lo que se quieran proponer hacer. Siento que les grita, dejen huella y den pelea. Escriban sin cesar y aún con miedo. Su tono me recuerda a uno maternal, no en lo cálido, si no que esa sabiduría pasada de madres a hijas, en esa mirada que dice, todo siempre va a arder para nosotras, aprende a caminar

sobre el fuego, hazte parte de él, conviértete en él, pero no dejes que te consuma. Especial énfasis en la última parte, pues nos deja claro desde el principio su desaprobación (muy bien respaldada) por el dejarse consumir por la rabia. Por qué esta convierte a cualquier ser inteligente en un ser irracional con vocabulario, la rabia nubla el conocimiento y la verdad si se deja dentro.

Analizarla es sujetarla, precisamente como a un toro. Esa es mi conclusión sobre la rabia. Si la podemos manipular en energía, casi que podría ser lo mejor que nos ha pasado. La rabia es un arma de doble filo lista para segar en cualquier momento, pero si se la administra bien, se le analiza en vez de consumirla o intentar borrarla, nos puede llevar a resultados inimaginables. No creo que Jane Austen haya escrito sin ella, ni las Bronte, ni ninguna mujer de la que hoy leemos sus escritos. La rabia también fue la perdición de algunas otras quienes fueron consumidas por ella y dejaron de escribir. Porque la rabia no solo se manifiesta como la vemos con el profesor X, sino que también se puede presentar de una manera más melancólica y afligida. La lección que me llevo de este ensayo es que nunca pares de escribir, con o sin un cuarto propio, recuerda lo lejos que se ha llegado. Woolf lo alienta en sus últimas páginas, no olviden que escribir, para nosotras, es un privilegio.

Referencias

Woolf, Virginia. *Un Cuarto Propio*. Cuarto Propio, 1993.